

escrito, que derrama á torrentes sus misericordias; pero se añade, que las derrama sobre aquellos que le aman de corazon. Está escrito, que sus misericordias pasan de generacion en generacion; pero se añade, que las experimentan aquellos que se le muestran llenos de filial temor. Está escrito, que sus misericordias no reconocen número ni medida; pero se añade, que participan de ellas los piadosos que veneran su santo nombre y cumplen sus mandamientos. Por eso, si queremos mostrarnos agradecidos á los beneficios de Dios, hagamos todos los esfuerzos para complacerle, para no ser rebeldes á los llamamientos de su gracia, ni corresponder con ultrajes á las voces de su perdon. No nos servirá de excusa decir, que si cometemos algun pecado no es nuestro ánimo ofender á Dios, sinó que no sabemos resistir á la enferma naturaleza, la cual nos arrastra al mal; pues, dejando á parte otros medios, para curar esta enfermedad, bastan la oracion, la frecuencia de sacramentos, el ejemplo de los buenos, la intercesion de los Santos, y, sobre todo, el patrocinio de María. ¿Y qué? Sabemos que tenemos cerca de Dios á una protectora omnipotente, que habla incesantemente á favor nuestro, y que se interesa en todocunto se refiere á nosotros; ¿y no tendremos confianza en valernos de una tan poderosa proteccion? Nadie ignora, que María se muestra siempre solícita, asistiendo á sus fieles devotos en todas sus necesidades, ya sea poniendo en fuga al enemigo infernal, ya sea secando con sus propias manos el sudor de su frente, ó alijerando sus penas con maternales consuelos. ¿Por qué, pues, temer tanto de nuestra flaqueza, de nuestra enfermedad? Acudamos á María, y Ella nos tranquilizará en nuestros temores, nos fortalecerá en nuestra debilidad, nos consolará en nuestras angustias, y nos dará á probar con abundancia los beneficios de Dios.

DISCURSO XV.

GENEROSIDAD.

Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.
 Si alguno tiene sed, venga á mí, y beba.
 (JOANN. VII, 37.)

Si permitido me fuese poner de manifiesto el corazon de María, indicaros sus inefables ternuras, y señalaros sus amorosas solicitudes, hallándome en la obligacion de hablaros de su generosidad, á un mismo tiempo daría principio y fin al discurso de hoy. En este caso, no habría necesidad de que me fatigase en recordaros los magnánimos hechos obrados por Ella, tanto para la demostracion de su tierno amor para con nosotros, como para la demostracion de la eminente generosidad en que arde y se abrasa por nuestro amor. Vosotros mismos, amados hermanos, haciendo las veces de apologistas, y dejando para mí el ser su admirador, diríais: Hé aquí la Reina, que saca siempre de sus inagotables tesoros riquezas temporales y espirituales en provecho de cuantos invocan su patrocinio; hé aquí la Madre, que derrama de continuo sobre sus hijos todas las gracias y bienes que están á su alcance, mucho más de los que pueden apetecerse. Y para añadir mayor autoridad á vuestras palabras no ocultaríais, que habiendo dado á luz aquel Niño, que trocó en júbilo el llanto de Eva, estuvo dispuesta á mostrarse propicia á favor de nuestras miserias, á recibir con agrado las súplicas de los desgraciados, á acoger bajo el manto de su proteccion á los afligidos, y á fortalecer á los débiles en las críticas circunstancias de la vida, para que el maligno espíritu no se mofase del mal que les afligia.

En estas ó parecidas palabras prorumpiríais vosotros mismos, arrojados en éxtasis de reverente reconocimiento, si me fuese dado poner de manifiesto aquel benignísimo corazon, señalaros sus solitu-

des é indicaros sus ternuras. Pero, ya que no me sea eso posible, debo al ménos indicaros algo de la generosidad de María. El asunto es superior á toda humana elocuencia; pero, encerrándole en una proposicion única, voy á demostraros: que María aprendió de la generosidad de Dios á ser generosa. Prestadme vuestra benévola atencion; procuraré ser lo más breve y claro que me sea otorgado, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

La generosidad es la virtud de las almas grandes. Se llama generoso aquel que otorga beneficios, aún á aquellos que no se los piden; aún á aquellos que son indignos de recibirlos, ó que concede más de lo que se le pide. Para obrar de esta suerte es, ciertamente, necesaria mucha elevacion de espíritu, mucha grandeza de corazon, y nadie ha dicho jamás que pueda hacerlo un espíritu pequeño, ni un corazon mezquino. Cesario, Obispo de Arlés, que, habiendo recibido de Teodorico, rey de los Godos, una considerable cantidad de plata, la vende, empleando su producto en la redencion de los esclavos; Gregorio el Grande, que dá de comer, de vestir y de abrigo á innumerables personas faltas de todo recurso á causa de asoladoras guerras; Juan el limosnero, que, sentado en la sede de Alejandria, no reteniendo nada para sí, distribuye á los pobres de aquellas regiones cuatro mil libras en oro; San Carlos Borromeo, que tiene siempre vacías sus arcas, y llega hasta el punto de contraer deudas considerables á favor de los indigentes; y San Ambrosio, que ofrece medios de subsistir al mismo que había atentado contra su vida; son, á no dudar, hombres generosísimos, y las historias eclesiásticas nos dicen en coro, cual fuese la elevacion de su espíritu y la grandeza de su corazon.

Sin embargo; esta generosidad, sublime y magnífica á la vez, siempre se halla encerrada en estrechos límites, lo mismo que el hombre. La única generosidad que no reconoce límites ni medida, es la generosidad de Dios. Amor infinito, en cuyas manos están los polos de la tierra, la altura de los montes, las profundidades del abismo, y cuya clemencia traspasa los confines del Cielo, Dios ha querido sanar todas nuestras llagas, sacar nuestra vida de la perdicion, colmar de gozo nuestro deseo; y así como elevó á la luz de la gracia al mundo caído en las tinieblas del pecado, añadiendo misericordia á misericordia, nos llama todos los días, á todas horas, y á cada instante, á gozar de sus generosas misericordias. Y en efecto, dispensa sus beneficios aún á aquellos que no se los piden; aún á aquellos que

con sus culpas se hacen indignos de recibirlos; y los dispensa concediendo más de lo que se pide y de lo que se desea.

Dios dispensa sus liberalidades aún á aquellos que no se las piden. Nosotros, en verdad, no nos hallábamos á su lado cuando obró el insigne milagro de la creacion. Cuando dispuso que el sol, con admirable moderacion de luz y de calor, alternase los días y las estaciones; que la luna iluminase las tinieblas de la noche, y que las estrellas brillasen sobre las nubes como reluciente corona de piedras preciosas; no aguardó que nosotros se lo pidiésemos. No fuimos nosotros á suplicarle, que hiciese abrir el cáliz de las flores, sazonar los frutos, cubrirse los campos de varias cosechas, sonreír los collados vestidos de púrpura; no fuimos nosotros á decirle, que descendiese del Cielo á la tierra, vistiese carne mortal ó pasible, descontase las faltas de nuestra malicia, y nos tuviese preparada una inconcebible beatitud. Consideremos por un instante lo que hemos recibido con relacion á la naturaleza, y por lo que mira á la gracia; examinemos los bienes que nos dispensó ántes de nuestra existencia, ántes de que le conociésemos ni le amásemos, y no podremos ménos de confesar, que Dios nos instruyó cuando éramos ignorantes, nos salvó cuando nos extraviábamos, y nos socorrió despues de caídos. Si añadimos á todos esos beneficios, que nos sacó de la nada cuando ignorábamos en que consistía vivir; que nos redimió cuando perdidos; y que nos dió cuerpo y alma, espíritu y razon cuando vivíamos en la ignorancia y en el error; tendremos, por fin, que concluir, que nos socorrió cuando no pedíamos sus beneficios, é ignorábamos en que consistía el ser beneficiados.

Dios dispensa sus beneficios aún á aquellos, que con sus culpas se hacen indignos de recibirlos. El hombre que peca, es un transgresor temerario de la ley divina, levanta el estandarte de la rebelion contra la suprema magestad, dice como Faraon á Moisés: ¿Quién es este Dios para que deba yo guardar sus preceptos? No le conozco, nada tengo que ver con él ni quiero obedecer á sus intimaciones (1); y miéntras que Dios podía con una sentencia, cortar el curso de su fortuna, perder sus cosechas con una tempestad, y con una señal postrarle en el lecho del dolor, se digna mantenerle en la abundancia, le conserva robusta la salud, le mantiene la vivacidad de las facultades intelectuales, la hermosura del rostro y el vigor del cuerpo. A este hijo, que se insolenta contra su padre, á quien debe la vida;

(1) Exod. V, 2.

á este esclavo, que se rebela contra el señor, de quien recibió la libertad; y á este amigo, que hace traicion al amigo en quien pusiera la confianza más completa; nada quita de lo que podría quitarle, y continúa rodeándole con su asistencia y consolándole con sus misericordias. Y es tanto más maravillosa esta generosidad, cuanto más sirve de pretexto al culpable para holgarse en su iniquidad. He pecado, va diciendo, y Dios me otorga beneficios; continuaré pecando, y por esto no dejaré de ser favorecido.

Dios concede más beneficios de los que se le piden y de los que se desean. Los hechos demuestran, que sus beneficios sobrepujan á los deseos. Abrahán pidió á Dios, que le concediese un hijo, y accedió á su peticion; pero de la estirpe de este hijo único debía nacer el Mesías. Suplicóle Jacob, que le permitiese de nuevo ver á Benjamin, y le volvió á ver; pero además de Benjamin, por quien había rogado, vió á José sentado junto al trono de un rey. Le pidió la viuda de Manasés, que fuese levantado el sitio de Betulia; y además de haber conseguido lo que deseaba, alcanzó la gracia de asegurar la paz á su pueblo, cortando la cabeza al bárbaro Holofernes con su propio alfanje.

Con lo dicho hasta aquí está claro, que Dios dispensa sus beneficios aún á aquellos que no se los piden; aún á aquellos que se hacen indignos de recibirlos; y hasta concede más de lo que se pide y se desea. Hé ahí, amados hermanos, lo que deberíamos nosotros practicar segun la medida de nuestras fuerzas. Mas, ¿donde encontrar hombres que obren de este modo? Unos, para que den algo, se les ha de importunar reiteradamente, y, por consiguiente, nada dán á las personas que no tienen valor de descubrir sus desgracias, ó porque habiendo nacido en mejor posicion se sonrojan de la presente pobreza, ó porque, perdida toda esperanza de auxilio, dejan de frecuentar la sociedad. Otros, para desprenderse de alguna cosa es preciso que se vean obligados á ello con actos de reverencia, ó de sumision ó de gratitud; y, por lo tanto, se niegan á dar á las personas que solicitan sus servicios so varios pretextos, ora porque los que piden repugnan por fealdad de rostro, por ser contrahechos ó por su rudeza; ora porque la rudeza de sus modales inspiran antipatía. Estos, para distribuir alguna limosna, examinan ántes si sufrirá algun detrimento el lujo que ostentan; y por consiguiente, nada conceden cuando las fastuosas modas en el vestir, los delicados manjares, los espectáculos elegantes y la molicie, á que con tanta pasion concurren, nada dejan de supérfluo, ó dán lo que en verdad podría

compararse con una gota de agua, ó una escasa lluvia en los abra-sados campos (1).

Esto reconoce por causa la debilidad de nuestra fé: maleados por el brillo de gratas frivolidades y de profanos placeres, arrastrados por la disipacion, que pierde al alma en mil impertinencias, sin llamarla nunca á sérias reflexiones, no sabemos mirar á Dios, ni imitarle en su generosidad. Si fuésemos sinceros en el hablar, humildes en el trato, é irreprehensibles en las costumbres; si no permitiésemos que los sentidos estuviesen siempre ocupados y el corazon ageno y falto de todo sentimiento religioso; si pusiésemos diligente cuidado en aprovecharnos del tiempo que nos concede la divina misericordia para enmendar nuestra conducta, progresar en la virtud y adelantarnos en la perfeccion, tendríamos la generosidad en mejor concepto y la amaríamos más. Seríamos como los cristianos de los primeros siglos, quienes movidos de ardiente caridad, fundaron establecimientos de beneficencia, que hoy nos parecerían imposibles; sus rentas las repartían entre los indigentes; trabajando con sus propias manos, daban de comer á los desvalidos, que no podían procurárselo; é interponiendo las oraciones á Dios, se ejercitaban en obras de caridad para con el prójimo. ¡Tal era la caridad de los antiguos! Pero ¿hoy? ¡Ah! hoy ignoramos que la generosidad fuese en otro tiempo tan espontánea; ignoramos hasta lo que deberíamos practicar para salir de esta culpable indolencia y ser generosos segun nuestras posibilidades.

Sin embargo, nos bastará para ser generosos considerar el ejemplo de María, la cual aprendió á ser generosa, considerando la generosidad de Dios. En efecto; si Dios otorga sus beneficios aún á aquellos que no los piden, María hace otro tanto. Si Dios se manifiesta generoso, concediendo en su bondad mayores gracias de las que se desean, también María, en su bondad, otorga mayores beneficios de los que se le piden.

María dispensa beneficios aún á aquellos que no se los piden. Sirva para todos de ejemplo, el grande beneficio que nos concedió con su consentimiento á la obra de la Encarnacion del Verbo. Pecadores por herencia, moradores de las tinieblas, y precipitados en la region de la muerte, para redimirnos el Hijo de Dios, que es anterior á todos los tiempos, quiso en el tiempo hacerse hijo del hombre. Escogida María para este milagro de su generosidad, concurriendo con

(1) Ose. VI, 4.

otra generosidad, le recibe en sus entrañas. Ninguno de los descendientes de Adán la solicitó entonces para que se mostrase al linaje humano dispensadora de tal gracia; nadie se postró á su presencia implorándole un tan inmenso beneficio. María solo consultó los sentimientos de su ternura y de su amor al dar aquella respuesta, que hizo estremecer de santa alegría al Cielo y á la tierra. Con cuya respuesta, ó consentimiento, se nos abrió el camino para el más grande y el mayor de los beneficios, puesto que verificado el prodigio prometido, desde la aurora de los tiempos, de un Reparador divino, tuvieron fin las victorias del Infierno, dió principio la regeneracion de la naturaleza humana, y descendió á morar en nosotros, hechos dignos de alternar con los Arcángeles y el mismo Criador. Por consiguiente, si María nos consoló con un beneficio tan singular, sin mérito alguno de nuestra parte, sin nuestros votos, sin nuestras oraciones, y sin que jamás hubiésemos invocado ni poco ni mucho su benignidad, se sigue de legítima consecuencia, que dispensa beneficios aún á aquellos que no se los piden.

María dispensa igualmente favores, aún á aquellos que son indignos de recibirlos. Es comun sentir de los Padres de la Iglesia, que, cuando el Arcángel la anunció que concebiría y pariría al Salvador, tuvo conocimiento de cuanto tendrían que sufrir Ella misma y Jesús. Sin embargo, lejos de rehusar tantas y tales penas, por interés del género humano, tuvo el valor de resignarse al más heroico de los sacrificios. ¿Acaso veía en los hombres, por los cuales aceptaba inauditos dolores y acerbísimos tormentos, mucha correspondencia á sus maternales cuidados? Nó: veía más bien sus ingraticudes y sus pecados; veía que cebarían su rabia contra aquellas entrañas, que les habían amado más que cualquiera otra madre; veía que crucificando nuevamente á Jesús con los pecados, se le presentarían delante con las manos tintas y humeantes en la sangre de su divino Unigénito. Y todo esto, que debía irritarle las heridas recibidas y renovarle los martirios y tormentos, que en otro tiempo sufriera, no fué bastante para que sus lábios dejaran de pronunciar aquel *Fiat*, principio de nuestra salvacion. ¿Qué prueba, pues, queremos más convincente, de que María dispensa beneficios, aún á aquellos que son indignos de recibirlos?

Por último; María, al dispensar beneficios, concede más de lo que se espera. En efecto; su prerogativa está en haberla constituido Dios dispensadora de gracias, de manera, que no recibimos ningun dón ni favor que no derive de este origen. Nadie es más á propósito para

este ministerio que María, la cual llena superabundantemente de gracias, abre sus tesoros á todos, á fin de que reciban de su plenitud, la libertad el esclavo, la salud el enfermo, el consuelo el triste, el perdón el pecador, y el justo la corona. Y lo que más debe maravillarnos es, que sus beneficios no son nunca mezquinos ni insignificantes sus misericordias. Los poderosos de la tierra prometen mucho y conceden poco. Asuero prometió á Esther la mitad de su reino, y lo mismo hizo Herodes con Herodías; pero ni Herodías, ni Esther recibieron la mitad del reino que les prometieron con melifluas palabras Asuero y Herodes. Muy diferente la beneficencia de María, la cual otorga lo que promete de la manera más amplia que pueda concebirse. Predestinada para el augusto misterio de la Encarnacion, que fué un exceso de amor, en que todo respira amor, todo habla de amor y fué hecho por amor, derrama sus favores, segun el dictámen del mismo amor; y no existiendo nada que ponga obstáculos al ejercicio de su poder, puesto que es Madre de Dios; ni á su bondad, puesto que es tambien Madre de los hombres; ni á su ternura, siendo abogada de los pequeños y de los débiles; no pone límites á sus dones.

Generosísimas son las palabras que el bondadoso Jesús dirigió á la muchedumbre que le seguía en pós durante el tiempo de su vida mortal: Venid, les dijo, venid á mí todos los que andais fatigados y cargados que yo os aliviare (1). Con cuyas palabras, cuantos andaban tristemente oprimidos por el peso intolerable de penosas enfermedades, ó de aflicciones acerbadas; cuantos gemían en medio de las angustias de los propios pecados, de la concupiscencia del hombre viejo; y cuantos se sentían afligidos por algun pesar, eran invitados á acudir á Él con confianza; prometiendo que aligerándoles la pesada carga de sus penas, y colmándoles de las gracias necesarias, les enviaría de nuevo á sus casas alegres y satisfechos. Así se expresaba Aquel, que, siendo Dios, Rey de los ejércitos y Señor de los que dominan, quiso llamarse el Buen Pastor; así trataba de infundir confianza en los corazones, á fin de que no titubeasen en acudir á su misericordia.

Las propias palabras nos repite María en su generosidad. Su mano está siempre pronta para detener á aquellos que están próximos á caer, y siempre solicita en levantar á los que han caído; su brazo está siempre armado para defendernos de los enemigos, siempre extendido para socorrer nuestras miserias; su mirada es la estrella

(1) MATH, 28.

matutina que nos recrea en la hora de la muerte; su corazón está siempre abierto para acogernos, cobijarnos y estrecharnos con todo afecto. Ella no nos pierde de vista, vigila continuamente para nuestro bien, y en su maternal bondad nos dice: Venid á mí, vosotros, que sufrís los asaltos de la concupiscencia, las tentaciones del Infierno y las asechanzas con las cuales el mundo os tiende funestos lazos, y las muchas miserias de la vida; venid á mí, que soy el consuelo de los afligidos y la bienhechora de los que lloran, y os ofrezco un asilo, donde el atribulado puede poner en seguro sus esperanzas, su inocencia el justo, y su arrepentimiento el pecador.

Así, pues, confiemos en María, amados hermanos; confiemos en la generosidad de esta Madre piadosísima, deponed todas vuestras inquietudes en sus entrañas, y abandonémonos tranquilos entre sus brazos. Confiad en María los indigentes, que gemís en la privación de todas las cosas necesarias á la vida; estad seguros de que Ella enternecerá á los ricos en vuestro favor, haciendo que sean vuestra providencia. Confiad en María los enfermos, que molestados por larga enfermedad pasais las horas en las angustias del sufrimiento; estad seguros de que obtendreis, ó el término de vuestros males, ó la santa unción que hace amar lo que crucifica los sentidos y la naturaleza. Confiad en María vosotros, que luchais incesantemente contra las pérfidas sugerencias del adversario infernal, no dudando jamás, que con solo la invocación de su nombre infundireis espanto á Satanás y alcanzareis la palma de la victoria. Confiemos todos en María y hallaremos en su generosidad todo consuelo, todo auxilio, toda protección y toda gracia.

DISCURSO XVI.

VIRGINIDAD.

Missus est angelus Gabriel ad virginem.

El ángel Gabriel fué enviado á la Virgen. (Luc. I, 26).

Acostumbran todos los predicadores cuando se los llama para hacer el panegírico de algun varon eminente en santidad, escoger, de entre las muchas virtudes que le adornaron en vida, aquella que aparece la más luminosa, y tratar exclusivamente de esta, dejando aparte las demás, ó de ménos importancia, ó ménos á propósito para el argumento que se proponen. Y así como es justo, que una virtud practicada de un modo singular y tenida en mucha estima, se recomienda con mayores elogios, no es ménos lógico, que debiéndose decir mucho en breve tiempo, se refieran aquellos hechos que sobresalen y resplandecen más en la vida del héroe cuya fiesta se celebra. Tal ha sido siempre la norma adoptada por aquellos que veneramos como maestros en el arte del bien decir, empezando por los Padres de la Iglesia, y descendiendo hasta los célebres oradores de nuestros dias; y no cabe duda que merecería ser reprendido el que por espíritu de novedad dejase de seguir las mismas huellas.

No obstante; lo que practicamos para celebrar el mérito de los Santos, no puede servirnos de norma al tratar de la que es su Reina, porque si todos los Santos se han distinguido en alguna determinada virtud, María sobresalió en todas ellas, y, por consiguiente, merece ser citada como modelo de las que cada Santo practicó de un modo especial. Por este motivo San Bernardo la compara á un astro maravilloso, que ilumina, vivifica é infunde aliento á los moradores de la tierra; y San Juan Crisóstomo asegura, que es la más perfecta imagen de las divinas perfecciones. Siendo, pues, eminentes todas